

limbo

Núm. 30, 2010, pp. 89-104

ISSN: 0210-1602

El constante pasajero¹

JOSEPH EPSTEIN

Si usted colige el hombre a partir de sus libros, se puede equivocar gravemente porque sólo una parte de mi naturaleza se ha colado en mis escritos y aún no se han publicado todos.

George Santayana a Baker Brownell, 26 de diciembre de 1939

Se habla a menudo de la época apropiada de la vida para leer a ciertos escritores: nada de Hemingway pasados los veinte, nada de Proust antes de los cuarenta, y cosas por el estilo. Menos atención se le presta al mejor momento del día para leer a un escritor. El literalmente omnívoro Edmund Wilson decía que era incapaz de leer al marqués de Sade desayunando. (Supongo que tampoco le sentaría muy bien al acostarse.) En los últimos años me he encontrado de vez en cuando leyendo a George Santayana —los ocho volúmenes de sus cartas, los tres volúmenes de su autobiografía, sus ensayos y su única novela, *El último puritano*—, al momento de levantarme por las mañanas. La feliz anticipación de volver a él no sólo me servía de recompensa por salir de la cama, el desasimiento de Santayana, un desasimiento preñado de serenidad, tenía invariablemente también un efecto tranquilizante. Leerlo al comienzo del día hacía que el mundo pareciera de algún modo más comprensible, incluso que sus numerosos misterios, sin hacerse accesibles, adoptaran un tinte poético que hacía que aun los más oscuros parecieran menos amenazantes.

A los escritores se les clasifica generalmente entre los que van de efusivamente comprometidos con el mundo y los que valoran su frío distanciamiento de él. Los problemas surgen, por supuesto, con la

excesivamente convencional distinción entre la imperfección —no hablemos de perfección— en la vida y la imperfección en la obra. Demasiados escritores que son santos perfectos en sus obras resultan ser profundamente rastreros en sus vidas. Tal como muestran las cartas publicadas, Santayana, que nunca presumió de santo y que en sus opiniones parece a menudo de sangre fría, es en conjunto un ejemplo de lo contrario: un hombre mucho más generoso que sus proclamadas opiniones.

Pero esa sólo es una de las peculiaridades de la vida y la obra de Santayana. Acaso la mayor de ellas sea que George Santayana —uno de los escritores americanos más grandes, que es como he llegado a considerarlo— nunca se tuvo a sí mismo como americano. Nunca fue ciudadano americano. Sus padres eran españoles. El bostoniano George Sturgis, primer marido de su madre, murió joven. Tras abandonar a su segundo marido, el padre de Santayana, ella volvió a Boston, donde sus hijos fueron educados en los alrededores de la clasista cultura de Boston, sobre la que más tarde Santayana escribiría de modo devastador. El niño Santayana tenía nueve años cuando llegó a América en 1872. Un padre a quien respetaba pero que no amaba y que acabó sus días en Ávila (España) y una madre más fría de lo normal no sólo para su época sino para cualquier otra pusieron las bases del temprano desasimiento de Santayana. Era un extraño en su propia casa, alguien que creció no tanto para carecer de país como para ser alguien en todos los países. Desde muy temprano, se sabía mejor preparado para observar la vida que para participar de lleno en ella.

“La naturaleza”, escribió Santayana en *Personas y lugares*, su autobiografía, “había hecho de mí un solitario”. Disfrutó con la gente pero al parecer no tenía necesidad de ella. Desde temprana edad se desarrollaron en él la independencia moral y cierto gusto por la soledad. Estas cualidades le dotaron con el delicado desinterés que le permitía escribir sobre sus padres:

Ignoro por completo qué es lo que realmente pudo hacer que dos personas eminentemente racionales, sin engañarse sobre sí mismas ni so-

bre su relación mutua ni sobre sus compromisos, pensarán en un matrimonio tan irracional.

Santayana consideraba que sus padres eran más bien como sus abuelos. (Cuando se casaron, su madre tenía cuarenta años y su padre cincuenta.) La única persona por la que sintió un amor sin reservas fue su hermanastra Susana, doce años mayor que él, que fue quien, tal como afirma él mismo, lo crió de verdad.

Al joven Santayana Boston le parecía sofocante, seca, “siempre ocupada en aplicar los primeros principios a minucias”, un lugar donde “la ocupación importante, el camino aristocrático al éxito y al poder eran los negocios”. El haber sido enviado a un colegio público acentuó en el joven Santayana su sentido de aislamiento. Aunque si hubiera ido a un colegio más ostentoso tampoco se hubiera sentido más en casa en Estados Unidos. Nada habría hecho de él un americano puesto que “en aquella época América convertía en exiliado y extranjero a cualquier nativo que tuviera un talante como el mío”. El almacén de ese talante era un profundo deseo de claridad y una reducción radical, en la medida de lo posible, de las comunes ilusiones humanas. “Si la claridad respecto a las cosas produce una desesperanza básica”, escribió Santayana, “la desesperanza básica produce a su vez una notable claridad, incluso alegría en las cuestiones diarias”. En otras palabras, es posible que el mundo, mirado de frente, sea un lugar oscuro y terrible, pero eso no quiere decir que carezca de méritos, dados su rica variedad y sus espléndidos entretenimientos.

Santayana pasó de la Boston Latin School a Harvard —universidad a la que estuvo unido desde los diecisiete años hasta los cuarenta y dos, primero como estudiante y luego como profesor del Departamento de Filosofía, y donde debió de sentirse un rehén—. A pesar de lo mítico que se ha considerado ese Departamento de Filosofía —William James, Josiah Royce, Charles Sanders Peirce fueron sus miembros más famosos—, Santayana no se sintió ni cómodo ni impresionado. De William James escribió que:

Me constaba su buena voluntad y su amabilidad, de las que tuve numerosas pruebas, pero también me constaba que nunca me entendió y que, cuando me hablaba, tenía en su mente un maniquí llamado G. S. completamente fantástico, que era al que en realidad se dirigía. Si me hubiera comprendido mejor, sin duda que le hubiera gustado menos, pero ese equívoco imposibilitó una amistad espontánea.

. . .

El problema consistía en que, aunque Santayana escribió mucha filosofía, nunca se consideró filósofo, al menos en el sentido profesional o profesoral. “La filosofía no es, después de todo”, escribió a su amigo Henry Ward Abbot, “el fundamento de las cosas sino una actividad tardía y bastante inútil de las personas que reflexionan”. Más tarde le dijo a William James que al principio se sintió empujado a la filosofía “por la curiosidad y por su gusto natural por el pensamiento ingenioso”. Veía a la filosofía como “su propia recompensa, de modo que su justificación reside en el disfrute y en la dignidad del arte mismo”. Le gustaba considerarse un estudiante perpetuo, que es lo que hubiera querido ser. “Pero siempre son escasas las personas cuyo interés principal”, escribió a Abbot cuando tenía veintitrés años y la beca de Harvard que le llevó por Alemania, “sea atender a los aspectos de las cosas de un modo artístico o filosófico. Son individuos bastante inútiles, pero como resulta que yo pertenezco a ese tipo, creo que son muy superiores al resto de la humanidad”.

Cuando habla de esos aspectos de las cosas, Santayana es por lo común entretenido, siempre brillante y a menudo original. Mientras estaba en Alemania, por ejemplo, observó que los alemanes, como otras razas puras, parecen “pagar por lo característico del tipo que preservan alguno de los atributos corrientes de la humanidad”, y continúa diciendo que “los alemanes, por lo que yo sé, carecen de la capacidad de aburrirse. De lo contrario, creo que la raza se habría extinguido hace mucho tiempo por autoflagelación”. Que los ale-

manes ignoren el aburrimiento explica, por supuesto, su aprecio del ciclo wagneriano del *Anillo*, el *Fausto* de Goethe, Hegel, los interminables y pedantes manuales y otros muchos productos culturales caseros insuperablemente teutónicos.

La idea de un filósofo casado, sentenció Nietzsche, resulta una broma. Santayana sabía que el matrimonio no era para él. Le escribió una carta jocosa a Morton Fullerton, el periodista americano y amante variadamente perverso que aparece en las cartas de Henry James y en la cama de Edith Wharton, preguntándose qué se podía hacer con el instinto amoroso. Nada demasiado digno, concluía. En otro lugar observa que “como el Papa, yo tendré sólo sobrinos”. Hasta donde se sabe, Santayana no mantuvo nunca ninguna relación con una mujer que pudiera calificarse de romántica. Por ello a algunos les gusta dar por hecho que Santayana era homosexual. En una conversación recogida por Daniel Cory sobre la homosexualidad de A. E. Housman, le atribuye a Santayana la afirmación: “Creo que en mis años de Harvard yo sería así —aunque en esa época no era consciente de ello”—. Habría que considerar que la homosexualidad inconsciente es notablemente diferente de la homosexualidad real. Y es que, como ocurre con Henry James, un escritor muy parecido a Santayana y víctima de parecidas suposiciones, no hay ninguna evidencia que apoye tal conclusión. En ambos casos, la predilección freudiana por lo que supuestamente está oculto frente a lo que se ve a simple vista ha facilitado que las mentes sucias (de las que La Rochefoucauld dijo que nunca dormían) tengan mucho en que ocuparse en las oscuras horas del comienzo del día.

A Santayana le gustaba enseñar como a un cisne el *ping-pong*. Le desagradaba la idea de ser considerado “fundamentalmente” un profesor. En cuanto a enseñar filosofía, la tarea la encontraba bastante desesperanzadora: “No puedo tomarme en serio enseñar filosofía ni como modo de ser filósofo ni para enseñar algo sólido a los jóvenes”. Sus intereses como profesor, según nos cuenta en su autobiografía, “no fueron nunca los hechos ni la erudición, sino siempre las personas y las ideas”. Al parecer, nunca vio el encargo de enseñar filo-

sofía como algo más que “un modo decente de ganarse la vida”, con el que nunca se sintió comprometido del todo. Y no es difícil estar de acuerdo. La filosofía académica está muerta, enseña que el nominalismo es esto, esto materialismo, aquello naturalismo, que Platón pensó así, que Aristóteles pensó así y que Descartes iba por libre y pensó de otro modo. Nada que tenga mucho que ver con el pensamiento genuino. Un chisme antiguo cuenta que Santayana daba sus clases mirando a una ventana a su derecha. Cierta día, un estudiante le habría preguntado qué estaba mirando por la ventana. Se dice que Santayana respondió: “Europa”.

En 1912 murió la madre de Santayana, dejándole en herencia 10.000 \$, lo que le permitió enviar la carta de renuncia al presidente de Harvard, Abbot Lawrence Lowell. Tenía cuarenta y dos años y muchas cosas por escribir. Deseaba también vivir a su modo, algo que sentía que no podía hacer en Nueva Inglaterra ni en ningún otro lugar de América. Con la libertad recuperada, el mundo quedaba ahora abierto ante él, podía vivir donde gustara y hacer lo que quisiera. Uno de los grandes efectos secundarios del abandono de Harvard por Santayana fue la mayor frecuencia de sus cartas una vez que se asentó en Europa.

. . .

Las *Cartas de George Santayana*, escrupulosamente editadas por William G. Holzberger a lo largo de treinta años, son un modelo de lo que debe ser una espléndida colección de cartas. Elegantemente editadas, concienzudamente anotadas, con la mínima interferencia de erudición entre el texto y el lector, conforman una parte sustantiva de *Obras de George Santayana*, un amplio proyecto publicado por el Massachusetts Institute of Technology Press para reemplazar la antigua edición *Tritón* de las obras de Santayana. De hecho, no sólo reemplaza la edición anterior sino que supone también una gran mejora y constituye uno de los grandes proyectos editoriales académicos de nuestro tiempo.

Durante bastante tiempo, tras renunciar a Harvard, Santayana fue un constante pasajero, condición que él encontraba agradable. “Tengo planeado, mejor, alquilar un pequeño apartamento en Londres para poder satisfacer mi gusto por las multitudes, por estar sentado en un parque y por comer en restaurantes italianos”, le escribió a Charles August Strong, con quien había compartido unos años antes su beca predoctoral. (Más tarde Santayana se adjudicaría una habitación en el amplio apartamento parisino de Strong, donde pasaba parte del año.) “La rutina de mi vida”, le escribía en 1920 a otro compañero de Harvard, “es la misma en todos los sitios, pero prefiero absorber sonidos y vistas agradables y frecuentar lugares agradables, y Roma me resulta un lugar de lo más agradable en todos los aspectos”. Santayana vivió en Cortina y en otras ciudades turísticas de Italia para evitar el calor veraniego de Roma, y finalmente, en 1941, con setenta y ocho años, se instaló en el Hospital de las Monjas Azules, regido por la orden Pequeña Compañía de María. “Para mí”, escribió, “es precisamente el refugio que necesitaba, con médicos y enfermeras cerca, una bonita vista desde mi habitación y tranquilidad social y moral, aunque los coches y los tranvías hacen bastante ruido”.

Santayana viajaba ligero de equipaje, pero siempre con una idea clara de la felicidad a la vista. Parte del secreto de su felicidad residía en “la muy antigua aunque olvidada máxima de no poseer cosas ni ser poseído por ellas más allá de lo absolutamente inevitable. He hecho las paces con las cosas y encuentro mi vida muy aceptable”. Mantuvo su ropa, sus muebles, incluso sus libros, reducidos a lo mínimo. Solía trabajar por las mañanas, normalmente en pijama, salía para almorzar, llevándose a menudo páginas arrancadas de un libro que podía leer sentado en un banco y volvía para cenar y leer en su hotel ya por la tarde.

. . .

La verdadera libertad acude sólo a una mente lúcida desligada de la sabiduría convencional y recelosa de las opiniones admitidas. Así fue Santayana, desde joven y en grado sumo. El objetivo de su

vida fue liberarse de las ilusiones y mirar las cosas de frente tal como son en realidad. Respetuoso con la religión pero no creyente, le escribía a Henry Ward Abbot: “en cuanto a mí, confieso que soy más feliz sin la religión en su versión optimista —la que cree que la Providencia procura lo mejor—. No creer lo hace a uno más libre para amar lo bueno y odiar lo malo”. Y al mismo destinatario le escribió: “Las actividades públicas, los negocios, la política, la familia y la sociedad no me han producido más que un completo aburrimiento. Sólo el deporte, el humor, la amistad o el amor, con sus leves toques, los volvían tolerables”. Una elevación semejante puede ser grandiosa pero también, a veces, desbordante. En medio de la carnicería de la Primera Guerra Mundial, en diciembre de 1917, le escribe a Bertrand Russell, refiriéndose a la devastación de la guerra:

No me preocupan mucho los muertos ni las pérdidas de capital. Los jóvenes muertos habrían envejecido si hubieran vivido y entonces no servirían para nada; tras no haber servido para nada durante años, habrían muerto de gripe o de mal de riñón o en la horca o de viejos, ¿y eso habría sido menos horrible?

Naturalmente la respuesta es que sí, faltaría más, habría sido mucho menos horrible que morir en la flor de la vida por el gas venenoso en una atestada trinchera húmeda. Más tarde, Santayana suavizó esa apreciación tan dura al escribir:

La guerra me aturdió de *verdad*, sobre todo por dos razones: pensaba que ganarían los alemanes y sufría al pensar en tanto sufrimiento, desgaste, inseguridad y perversión derramados sobre las personas de las que habíamos pensado que eran amables y dichosas.

Así y todo, la mirada santayana al mundo *sub specie aeternitatis* puede a veces helar la sangre.

. . .

Los juicios de Santayana sobre otras personas, especialmente colegas filósofos y escritores, rebosan penetración. Sobre los *Principia Ethica* de G. E. Moore escribe: “Es como si el libro incluyera un gramo de exactitud en cuarenta kilos de inexperiencia”. Henry Bergson, como tantos filósofos, “no comprende nada con profundidad, no bucea hasta los fundamentos”. Apunta que “Emerson sirve la filosofía de Goethe en agua helada”. Tiene en alta estima a Paul Valéry por la lucidez de su pensamiento y considera que sus poemas son “la única poesía original e interesante escrita en cualquier idioma”. Se siente cercano a Alain, “cuya filosofía está llena de ocasionales intuiciones pero carece de fundamento y de resultados”. Asegura que “en sus últimos años Whitehead (...) se ha ocupado de dar respuestas a preguntas que ninguna cabeza perspicaz plantea”. ¿Quién si no Santayana tiene autoridad para decir que T. S. Eliot “es honesto y decidido, pero limitado”, algo que resulta ser cierto?

El gran filósofo emergente en la época de Santayana era Bertrand Russell, del cual, tanto en sus cartas como en su autobiografía, habla profusamente, casi siempre con poco entusiasmo. A la vez que reconoce que “su perspicacia lógica y crítica es incomparable”, cree que “carece de criterio, buen juicio y familiaridad con la realidad natural”. Le considera “en conjunto, un pensador no muy de fiar, comete el error de todos los políticos radicales cuando se irrita desproporcionadamente con cosas que en los demás son sólo leves errores o debilidades y se apasiona por una panacea tras otra con pasajeros entusiasmos”. Descubre en él “una extraña locura cada vez que se topa con algún asunto humano”. Por su parte, Russell escribió de Santayana: “Sus defectos eran la frialdad y el desprecio fácil, que hacían que fuera una persona que, aunque podía ser admirada, era difícil de amar”.

Con todo, a pesar de las reservas de Santayana ante Bertrand Russell, cuando éste lo estaba pasando mal, en 1937, Santayana, cuyas cuentas eran bien administradas por su sobrino George Sturgis y aumentaban considerablemente al convertirse su novela *El último puritano* en un *bestseller*, decidió enviarle de forma anónima 5000 \$

al año para que pudiera continuar con su trabajo filosófico. “El anonimato es importante”, le escribió a Charles Strong, “porque tanto él como sus amigos creen que soy una persona al margen, sin dinero y egotista; y sería humillante para Bertie [B. Russell] que supiera que le estoy ayudando”.

La generosidad de Santayana no tenía límite. El mismo año de 1937 acordó ayudar a Ezra Pound, de nuevo con la condición del anonimato, porque a Santayana “le gustaba ver sólo personas y lugares que apuntaran a lo normal o lo bello, no abortos o adesios como Ezra Pound”. Solía enviar dinero a sus familiares españoles, les mandaba espléndidos regalos de boda, ayudaba a estudiantes desfavorecidos. Le pagó durante décadas al equívoco Daniel Cory, su amanuense y hombre muy poco formal, un cuantioso salario y le dejó de por vida los derechos de sus libros. Ninguno de estos actos muestra a un hombre frío.

. . .

Es posible que Santayana no fuera frío, pero sí que se mantuvo desasido, en especial respecto a las pequeñas atenciones mundanas. Rechazó doctorados *honoris causa*, invitaciones para dar conferencias, propuestas de ser incluido en comités honoríficos. Dejó de leer periódicos ingleses debido a que “carecía de sentido estar al corriente de tantos hechos tristes y confusos cuando no puedo implicarme en ellos”. A sus setenta años le escribía a un remitente que “resulta interesante haber vivido tanto como para oír a los demás hablar de uno como si estuviera muerto” y añadir que “el G. S. del que se habla en USA es un personaje casi desconocido para mí”. El desasimiento que sentía lo volvía agudo: “A veces un astrónomo puede describir mejor sus cosas si no se convierte en un planeta”. Aunque a veces sería deseable que el desasimiento de Santayana fuese aún más completo. A Sidney Hook le escribió: “El desasimiento filosófico no implica indiferencia política”. Así pudo escribir sobre “las ilusiones de la Izquierda y las fábulas de la Derecha” —consideradas ambas como

productos de la imaginación humana— y proclamar su intención de “no pertenecer nunca a ningún partido”. Pero Santayana poseía algo así como un certero instinto para colocarse en el bando político equivocado y para hacer pronósticos políticos erróneos. “No”, escribió a su sobrino George Sturgis en 1937, “no creo que vaya a haber una gran guerra pronto”. Durante la Revolución Rusa, le escribe a Bertrand Russell que “prefiero a Lenin (no al fatuo Kerensky), tiene un ideal por el que está luchando y es un ideal profundamente antialemán”. En 1934 le escribió a Sidney Hook:

Me encanta el orden en tanto que vida organizada, armoniosa, sagrada, por eso simpatizo con los soviéticos, con los fascistas y con los católicos, pero en absoluto con los liberales. Simpatizaría también con los nazis si su sistema estuviera, al menos en teoría, fundado en la realidad.

No encontró nada que replicar a Mussolini ni a Franco. Por suerte, evitó cualquier tipo de activismo político. Cuando Italia se sumó a la guerra al lado de los nazis, escribe: “Salí y me tomé una naranja en un apacible café a la vuelta de la esquina”. Sobre la guerra misma observa: “Lo que está ocurriendo me interesa igual que la historia antigua e ilustra las mismas verdades”.

¿Qué es lo que tendrá el estudio de la filosofía que hace que mentes brillantes se vuelvan estúpidas cuando descienden a lo que se llaman casos reales? Pensemos en Martin Heidegger, Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre y Ludwig Wittgenstein, los cuatro grandes nombres de la filosofía del siglo veinte: el primero fue nazi, el segundo murió convencido de que América era la responsable de todo el mal del mundo, el tercero fue estalinista hasta mucho más tarde de que pudieran argüirse justificaciones para serlo y el cuarto vivió en los límites de la locura la mayor parte de su vida. Meditar sobre la vida de los filósofos basta para empujar a cualquiera al estudio de la sociología.

. . .

Si Santayana suspende el test político, es triste notificar que también suspende el test judío, y con tonos de sonrojo. No son muchos los escritores anglosajones, de Shakespeare en adelante, que lo han pasado: Dickens, Trollope, Henry James, Edith Wharton, T. S. Eliot, Hemingway, Fitzgerald y otros muchos escritores ingleses y americanos se las han arreglado para buscar un frío lugar en sus corazones para los judíos. (Dos grandes escritores que no lo hicieron, que representan a los judíos en sus escritos de modo imaginativo y comprensivo fueron George Eliot y Willa Cather.) En las cartas de Santayana, allí donde aparece la palabra “judío” o se menciona a un crítico o un filósofo judío no se ha de esperar mucho para que le siga una molesta pulla. ¿Por qué cerró su corazón a un pequeño pueblo oprimido y acosado tanto tiempo por campesinos, brutos y tiranos, y se unió al coro de los ignorantes que mancillan a los judíos? El profesor Holzberger intenta defender el antisemitismo de Santayana pero está lejos de ser convincente.

Santayana veía al judaísmo como una religión mundana, mientras que como experto en religiones aunque no practicante prefería las que estaban centradas en algún mito poético, esto es, la religión como ficción suprema. Incluso aseguró que le desagradaba “el *pusi-lánime* ideal humano” de su héroe filosófico, Spinoza, ideal que consideraba una influencia de su judaísmo. [Spinoza] “es del todo ajeno a las tradiciones que a mí más me atraen: la griega, la católica y la hindú (...) no comprende la *imaginación* humana”.

Pero lo más perturbador son sus groseras observaciones sobre los judíos, viniendo como vienen de una inteligencia por otro lado tan refinada. Cuando se refiere a ellos en sus cartas, son agresivos o avaros, a menudo ambas cosas. Son comunistas. Usa la expresión “los críticos judíos de Nueva York”. Y siempre el antisemitismo busca malas compañías, por ello Santayana escribe a Ezra Pound:

En cuanto a los judíos, a mí también me gusta el elemento griego del cristianismo más que el judío; es que los judíos buscaban, de modo egoísta y fantástico, un reino del bien: leche y miel y dinero.

También escribe: “Los judíos (...) no son en absoluto como Abraham o el rey Salomón: son todo fachada”. Al final de su vida, con ochenta y cinco años, suavizó un poco el tono admitiendo que “mis mejores alumnos fueron judíos, así como mi único ‘maestro’ filosófico moderno, Spinoza. Pero pocos son felices y eso es una pena”. La incapacidad de Santayana para comprenderlos o para mostrar algo de simpatía con ellos es un triste error de imaginación, más triste cuando se produce en un hombre orgulloso del poder de su imaginación.

¿No será todo lo anterior nada más que corrección política, aplicada a los judíos? ¿No se habrá de aceptar el hecho de que Santayana, cuando hace esos crudos comentarios sobre los judíos, habla desde la perspectiva común de su clase social y su periodo histórico? Quizá, salvo que Santayana, entre todos los escritores, quiso vivir por encima de su clase social y fuera de su periodo histórico. “La experiencia y la filosofía me han enseñado”, escribió, “que la integridad perfecta es un ideal nunca realizado de forma completa”. Pero esa veta de antisemitismo de baja estofa afecta, como dicen los abogados, al carácter; en ese punto, aquellos que encontramos tanto que admirar en los otros escritos de Santayana desearíamos que, siendo alguien tan poco corriente, no se hubiera mostrado como uno más de los que odian a los judíos.

. . .

El Santayana que uno admira al final es el escritor que disecciona el sinsentido para alcanzar una verdad franca sobre las cosas, el Santayana libre-pensador y escéptico. Ese es el Santayana que apunta que “los reformadores no se gustan entre sí” y que “los humanistas odian intensamente a la humanidad tal como es”, razón por la que se esfuerzan siempre tanto intentando cambiarla. Un personaje de *El último puritano* dice de los de Boston que “poseen un modelo de segunda clase sobre lo que es ser de primera clase”. Santayana no dejaba de recordarnos en qué consiste la genuina primera clase —algo

que suele olvidarse en una época cultural e intelectualmente envilecida—. Y otro personaje, la tía de Oliver Alden, el héroe de la novela, le dice: “Como ser individual, tú no puedes alcanzar el nivel más bajo de la humanidad, pero acaso alcances el nivel más alto”, algo que Santayana, en sus publicaciones, estuvo siempre intentando lograr.

A través de las cartas se puede seguir una serie de relaciones prolongadas. Una de ellas es la de Santayana con su compañero de graduación Charles August Strong. Muchas de las cartas que se cruzaron tratan de sus desacuerdos sobre lo que, según la filosofía académica, se llaman “esencias”; me siento incapaz de descifrar las distintas posiciones de cada uno, incluso me parece que la discusión sobre ese asunto es lo único *longueurs* [pesado] de todas sus cartas. Más interesante es su veta crítica sobre las peculiaridades personales de Strong, que no son pocas y que le comenta a Daniel Cory. Sobre Cory escribe en tono crítico a otros:

Por instinto es un donjuán (...) pero con la madurez resulta menos atractivo (y decepcionante) y no da el tipo de caballero mayor tan bien como daba el de joven intelectual (...) hubiera sido un buen actor puesto que es un mimo de lo más entretenido, es de temperamento bohemio, gasta el dinero en cuanto lo consigue y jamás piensa en el futuro.

Cyril Coniston Clemens, primo de Mark Twain y fundador de la International Mark Twain Society, abrumó a Santayana con honores que éste no aceptó y con ofrecimientos que le resultaron fáciles de rechazar.

Para Santayana la vejez era una época completamente agradable, más que la juventud o la madurez. “Era un pequeño anciano cuando niño”, escribe, “y ahora, cuando he cumplido mis setenta y cuatro años, soy un anciano y orondo niño”. Viviría hasta los ochenta y nueve. Publicó su única novela, en la que había trabajado no menos de cuarenta y ocho años, que cosechó aplausos y éxito comercial. Estuvo trabajando casi hasta el final, sintiéndose razonablemente contento de lo que había conseguido; a un recopilador de su obra le es-

cribió: “Personalmente no me siento en absoluto desairado por no haber tenido nunca gran popularidad ni fama constante (...) nunca quise ser un hombre público ni un profesional. Tampoco quiero discípulos: sólo quiero unos cuantos amigos afines y esos los tengo”.

Una vez que Santayana pasó de los ochenta y cinco años, el mundo le miraba con atención, como suele hacer con los que llegan a una edad tan formidable. Algunas piezas se desgastan, el cuerpo se colapsa. Perdió el oído casi por completo, su vista se hizo muy débil, perdió los dientes. Pasaba la mayor parte del día en pijama. Engordó, sus médicos le aconsejaban perder varios kilos, a lo que él respondía, con su característica ironía, que lo lógico era querer tener buena salud en el preciso momento de morir.

Cuando le llegó la muerte, parecía tan preparado para ella como cualquiera. “Piénsese qué pesadilla sería la vida si la muerte no estuviera destinada a cancelarla, del mismo modo que cualquier otro hecho se puede cancelar”, escribió en *Personas y lugares*. Cultivó con esmero su tranquilidad, y la soledad no le preocupaba lo más mínimo. Se dedicó a abreviar su pentalogía *La vida de la razón*: “Pensar cuántas tonterías e imprudencias podré eliminar de esa antigua efusión mía me entusiasma”. Cuando acabó su último libro, *Dominationes y potestades*, escribió que “no me queda ya ningún motivo especial para seguir viviendo, aunque desde luego que no me aburriré si lo hago”. Instruyó a Daniel Cory para que no creyera a las monjas que lo cuidaban si le contaban que se había convertido en el lecho de muerte, porque tal cosa, le aseguró a Cory, no iba a ocurrir. Murió de cáncer de estómago el 26 de septiembre de 1953 y fue enterrado en el Panteón de los Españoles en el cementerio Campo Verano de Roma.

. . .

George Santayana se encuentra entre el pequeño ramillete de verdaderos filósofos artistas —Platón, Nietzsche y Schopenhauer pertenecen a esa selecta categoría— que escriben primorosamente y cuyos comentarios son de lo más delicado, nunca tan sencillos co-

mo los de los filósofos sin arte. “Todo artista real”, escribió en una de sus últimas cartas, “posee un mensaje propio. Nadie está obligado a compartirlo ni siquiera (salvo en cuestiones políticas o éticas) a descartar que le resulte afín”. Si es posible decir que Santayana posee un mensaje filosófico integral, sería el de desnudarse de toda ilusión posible —tarea que nunca puede completarse del todo— entendiendo, a su vez, lo mejor posible, la poderosa atracción que las ilusiones tienen para los demás. Alguien capaz de hacerlo, tal como Santayana lo hizo de forma consumada, merece el nombre de filósofo.

NOTAS

¹ “The permanent transient”, *The New Criterion*, junio 2009, pp. 9-16. Traducción de Inmaculada Yruea Guerrero.